

# CHICORY (CHI)

ACHICORIA. CICHORIUM INTYBUS

## LO QUE BACH DIJO DE CHI:

*«Para los que están muy atentos a las necesidades de los demás; tienden a cuidar excesivamente a los niños, a sus familiares, amigos, siempre encontrando algo que pueda ser rectificado. Están continuamente corrigiendo lo que consideran erróneo y disfrutan haciéndolo. Anhelan que aquellos por los cuales se preocupan permanezcan cerca de ellos».*

## PALABRAS CLAVE

Posesividad. Autocompasión. Exigencia de atención. Carencia afectiva. Sensación de poca recompensa. Congestión afectiva. Egoísmo. Autocentramiento. Dominación. Miedo al rechazo y a la soledad. Dramatismo. Histrionismo. Ansiedad.

## CHICORY COMO TIPOLOGÍA

Al igual que *Centaury* y *Heather*, CHI es un patrón que se asienta sobre un sentimiento profundo de carencia afectiva. Puede que en su biografía existan datos objetivos de una infancia carente de amor y dedicación por parte de sus padres. También es posible encontrar antecedentes de progenitores tiránicos o sobreprotectores (generalmente, la madre).

Muchas mujeres con características CHI han tenido que hacer de «madres» de sus hermanos menores a causa de un padre ausente o una madre demasiado sobrepasada por el trabajo o por alguna enfermedad crónica. Sin embargo, no es imprescindible ninguna de estas características para justificar la forja de una personalidad CHI, ya que se trata de un modelo sociocultural muy extendido en todo el mundo, sobre todo en las familias latinas y judías.

Como flor de personalidad, la parte constitucional del patrón podría reconocerse ya desde la cuna en bebés que continuamente reclaman la atención de la familia, no pudiendo permanecer solos y dependiendo excesivamente del adulto en sus juegos. Esta gran demanda de atención se concreta en rabietas y escenas que intentan controlar la dinámica familiar. Sin embargo, resulta patente que, sobre la existencia de este CHI constitucional, todas las otras características son seguramente una respuesta a una serie de condicionamientos emocionales, culturales y educacionales, como se apuntó anteriormente.

En cualquier caso, lo importante es la percepción que se tiene de la infancia, donde invariablemente los CHI alegan no haber recibido el amor que necesitaban, tanto si esto es objetivo como si se trata de una percepción psicológica y, por tanto, subjetiva.

Estas carencias determinan en CHI un gran miedo a la soledad afectiva (solo superado por *Heather* y *Centaury*); a la pérdida de posesiones emocionales, influencias; al abandono, al rechazo o a la sustitución. Todo ello genera una gran inseguridad y ansiedad.

Como respuesta a su conflicto, sobre todo al miedo mencionado, CHI desarrolla una serie de mecanismos, que lo caracterizan y definen, destinados a conseguir de forma forzada y obligatoria el amor, la atención y dedicación de quienes forman su entorno afectivo: parejas, hijos, padres, amigos, etc.

Para lograr aquello que tanto anhelan, todos los medios son para ellos moralmente lícitos. Sin embargo, antes hay que destacar que sus mecanismos, en gran medida defensivos, están tan masivamente integrados en nuestra cultura que casi pueden pasar como normales. Estos son:

a) *Autocompasión*. Tiene por fin conseguir la solidaridad, simpatía y atenciones especiales de la gente. Generalmente, se exhibe ante presuntas actitudes desconsideradas de los demás o ante síntomas o enfermedades.

b) *Culpabilización de los otros*. Mecanismo muy vinculado al anterior que habitualmente se expresa de forma conjunta. Tiene por objeto modular y controlar las acciones de los demás con la finalidad de asegu-

rarse lo que, según su sentir, le deben obligatoriamente. Quien se siente culpable, busca automáticamente ser redimido y tiende a asumir demasiadas responsabilidades, en este caso con el CHI de turno.

c) *Chantaje afectivo*. «Te quiero siempre que...». El amor y la dedicación que ofrece CHI son condicionados, estando supeditados a la obtención de contrapartidas generalmente exageradas. En cualquier caso, la sensación que invariablemente tiene es la de dar mucho y recibir muy poco a cambio. Para no perder, CHI estructura sistemas premio/castigo, dividiendo a menudo su entorno afectivo en leales y traidores. Con mucha facilidad se puede pasar de la primera a la segunda categoría.

d) *Manipulación*. CHI intenta manipular usando, con frecuencia, la vía indirecta. Es básicamente intrigante. El grado de sutileza en la manipulación depende mucho de su nivel cultural e intelectual y, también, de lo desesperado que esté. La enfermedad es el método más socorrido para tener a los demás pendientes de él. Exagera sus síntomas e incluso puede inventárselos. En cualquier caso, suele presentar los mismos como consecuencia directa de «sus sacrificados esfuerzos» o, descaradamente, «por culpa de sus seres queridos».

e) *Demanda de atención*. Es un mecanismo común a *Heather* y depende de su nivel de histrionismo.<sup>278</sup> Su dramatismo, aunque en general no revista las características desorbitadas de este último, viene dado porque CHI necesita protagonismo o, como mínimo, ser necesario para cualquier tipo de actividad en su entorno. Todo debe ser hecho teniéndolo en cuenta y con su supervisión y aprobación. A menudo, esta demanda de atención se expresa en combinación con uno o varios de los mecanismos descritos anteriormente.

CHI es en sus relaciones de pareja, amistad, familia, etc., exigente, posesivo, controlador y sobreprotector. Estas características se manifiestan mediante *Red Chestnut*, aunque este último patrón no reviste aquí las características de anulación y sumisión que en el precedente de *Centaury*. Más al contrario, se tiende a someter al otro; pero, en cualquier caso, la toma de *Red Chestnut* es aconsejable para fomentar la construcción de un vínculo más sano.

CHI es muy emocional y explosivo. Por ello, cuando es desairado o contrariado, a menudo responde con crueldad, rencor y venganza, no siendo extraño que puedan darse en él reacciones coléricas tipo *Holly/Cherry Plum*. Tiene mucha capacidad para el resentimiento (*Willow*), dada su vulnerabilidad y susceptibilidad. Su ansiedad se transforma con mucha frecuencia en rabia y en agresividad pasiva o activa. En general, CHI no admite como propios estos sentimientos.

<sup>278</sup> Revisar este concepto en *Heather*.

La negación de sentimientos y conductas problemáticos en CHI tiene una explicación bastante clara. En un nivel no consciente, cree ser una persona poco interesante, una especie de huérfano desvalido y abandonado, al que nadie quiere ni querrá nunca. Esto genera una sensación de vacío y miseria, difícilmente asumible, vividos como angustia (*Sweet Chestnut*) y tristeza (*Mustard*), a la vez que con miedo. Como esta sensación interior es terriblemente desoladora, se construye una creencia compensatoria en la que CHI se ve a sí mismo como un ser de luz, generoso y, sobre todo, amoroso que ha venido a dar amor y ayuda a los demás. Naturalmente, bajo esta creencia, su baja autoestima es hasta cierto punto reparada y no nos puede extrañar que rechace la existencia de ciertas emociones y sentimientos (odio, rencor, envidia, celos, etc.) que tienen que ver con personas «poco espirituales».

Es característico que después de rupturas afectivas siga manteniendo algún tipo de relación «como amigos» con sus anteriores novios, ya que le cuesta soltar. Intentará controlar sus vidas, aconsejando lo que cree mejor para ellos. Resulta evidente la confusión y malestar que esto puede causar en la actual pareja.

A diferencia de *Heather*, CHI es algo más selectivo con sus interlocutores. Inicialmente es amable, simpático y tierno con la gente que todavía no conoce, ya que necesita desesperadamente entrar en la órbita afectiva del otro. En esta fase puede ser singularmente generoso. Pero al poco tiempo empiezan a llegar las facturas pendientes de «todo lo que he hecho por ti». En este punto es necesario aclarar que estas cuentas están excesivamente sobrecargadas, puesto que CHI siempre siente que da mucho más de lo que en realidad suministra y, de manera invariable, cree que recibe mucho menos de lo que objetivamente le dan. Para él, el balance entre entradas y salidas siempre es deficitario. Existe una insatisfacción interior por esa falta histórica de recompensa; una deuda perenne que debe ser compensada obligatoriamente y que explica su resentimiento *Willow*.

Existen, como se apuntaba, diferencias con *Heather*. Además de la selectividad con sus interlocutores (CHI no actúa como tal con todos), el nivel de manipulación en *Heather* tiende a ser más grosero, o como mínimo más evidente para casi todos. No cabe esperar de CHI una demanda de atención tan exagerada como en *Heather*. Sin embargo, CHI puede extenderse a *Heather* con total facilidad. Se pasa aquí del «te doy a cambio de...», al «dame todo ya...». En el fondo, parece que *Heather* sea el CHI multiplicado por tres y que en esa multiplicación se hayan perdido algunos de los mecanismos de intercambio social que suelen existir en CHI.

Los CHI utilizan frecuentemente la política de hechos consumados. Por ejemplo, si un posible amigo en ciernes queda dos miércoles seguidos con él, ya entiende que esa persona se ha comprometido a quedar «todos los miércoles». En cuanto el otro no responde a estas expectativas es inmediatamente culpabilizado o, como mínimo, está obligado a ofrecer todo tipo de explicaciones para disminuir la ansiedad de CHI.

En realidad, CHI es egoísta, aunque él se perciba como una persona generosa e incluso altruista. Habitualmente, busca establecer relaciones pseudoterapéuticas.<sup>279</sup> Siempre parece que esté «ayudando o mejorando» a los demás, ya sean éstos parejas, hijos, compañeros de trabajo o amistades. En verdad, lo que busca es establecer vínculos de dependencia. Si el otro es asertivo, decidido e independiente, en seguida se siente inseguro, ya que es muy posible que no necesite de su protección ni de sus servicios especiales. En otras palabras, CHI no puede establecer relaciones igualitarias donde uno acepte a la otra persona tal como es y comparta algunos territorios en común. En esencia no es empático.

Una de las descripciones más duras proviene de Chancellor: «Las personas CHI aparentan que hacen todo lo posible por la felicidad de los demás. Pero en realidad lo hacen de una forma que no acarrea paz ni descanso al infortunado destinatario de sus devociones egoístas, pues solo agotan su vitalidad. Son los vampiros de la humanidad que no se detienen ante nada para lograr sus egocéntricos fines».<sup>280</sup>

A diferencia de *Heather*, CHI tiende a establecer vínculos duraderos con los demás, siempre que, como ya se anticipó, éstos sean dependientes.

CHI es bastante irritable, melodramático, quisquilloso y detallista. Mentalmente es muy rígido con sus semejantes, ya que es incapaz de situarse en el lugar del otro. Gusta de corregir pequeñas nimiedades a los demás y los abrumba con sus trivialidades. Sin duda, tiene una visión excesivamente simplista e inmadura de la vida. Esta simplificación guarda relación con su rigidez defensiva: «Estás de mi parte o en contra». «Si haces esto eres bueno; si no, malo».

CHI tiene una gran necesidad de sentirse imprescindible. Incluso puede llegar a crear, generalmente por vía indirecta, conflictos para después convertirse en mediador, reforzando así las ataduras y débitos afectivos de los demás y ganando poder.

Desde una visión superficial y externa son vistos como gente segura de sí misma, asertiva y generalmente reivindicativa. Sin embargo, una aproximación más profunda revela una persona insegura, con demasiados temores y ansiedades. Son excesivamente emocionales y vulnerables, de llanto fácil, no siempre con fines teatrales.

<sup>279</sup> Puede leerse el artículo humorístico *Vacaciones en Chicorystán*, en [www.ricardoorozco.com](http://www.ricardoorozco.com)

<sup>280</sup> Ver Bibliografía.

Sobresale en CHI la tendencia nostálgica hacia situaciones agradables del pasado. De hecho, es un gran acumulador de objetos con significado emotivo. En general, lo guardan todo: la estampita del bautizo del hijo de una amiga, el menú de la cena de la boda de la compañera de trabajo, etc. No hay que confundir este «no tirar» con la acumulación de objetos que pueden padecer, en ocasiones, obsesivos como *Oak* o *Rock Water*, en los que no existe un vínculo afectivo con las cosas atesoradas.

En cualquier caso, en muchos CHI el pasado tiene un peso desmesurado, también desde una vertiente negativa, de «todo lo que no se les dio». Por ello, la toma de *Honeysuckle* puede serles de mucha ayuda.

Un tema característico es la dominación que ejercen sobre los demás. Lo habitual es que estas formas de control sean edulcoradas, con mucho chantaje afectivo y autocompasión: «Pero si todo esto lo hago por tu bien. Tú sabes lo mucho que te quiero y que lo doy todo por ti». Pero también parte de esta dominación se ejerce como agresividad activa mediante arrebatos de furia *Holly*.

*Vine* representa una forma de dominación más fría, masculina, incluso psicopática. No obstante, puede haber extensiones CHI-*Vine*, o incluso episodios de dominación y castigo que evidencian este pasaje, como se verá en el apartado de Notas.

CHI predomina en el sexo femenino bajo el cuadro de «la madre necesitada» o la «supermadre» posesiva que todo lo controla. Sin embargo, no hay que desdeñar su presencia en el hombre, manifestándose en la figura del exnovio o exmarido que sigue controlando lo que considera su posesión, «el padre de la novia», etc.

Krämer refiere una interesante forma de chantaje CHI: «Un estudiante recibía de sus padres suficiente dinero para el alquiler y sus gastos generales, pero no para la comida, que recibía de su casa. De esta manera, sus padres le obligaban a que fuese a casa todas las semanas, aunque no lo deseara. No le ingresaban el dinero como domiciliación mensual, sino que le hacían una transferencia. De esta manera, sus padres se aseguraban de que el chico no daba por hecha la recepción del dinero. Si a pesar de sus necesidades económicas no iba a casa algunos fines de semana, su padre «se olvidaba» de enviarle el dinero. Con esta estrategia el estudiante se veía obligado a llamar a casa para que le recordasen sus deberes de hijo, además de tener que oír el reproche acerca de si el dinero era lo único que le importaba de sus padres. Puesto que sin la domiciliación mensual era fácil pasar a números rojos, se veía forzado a pedir dinero extra cada vez que surgía algún gasto adicional.

Por principio, su padre se negaba a hablar de dinero por teléfono así que tenía que ir a visitarlos».<sup>281</sup>

Cabría preguntarse cómo son los hijos de los CHI. Sin que esto deba ser tomado como un predeterminismo, podría generalizarse diciendo que las madres CHI generan mucha inseguridad en sus hijos, pero sobre todo culpabilidad. Si bien para una equilibrada evolución todos necesitamos amor en nuestra crianza, y ello contribuye a proporcionarnos seguridad y bienestar, el que CHI proporciona está contaminado por la ansiedad, el miedo y la demanda de una contrapartida exagerada. Ese amor proveniente de CHI resulta algo desproporcionado, sobreprotector, posesivo, demasiado asfixiante, y genera una gran dependencia e inseguridad en el pequeño.

El miedo a perder y la necesidad de protagonismo suelen determinar que la madre CHI elimine, o eclipse casi por completo, la figura del padre, en apariencia solo destinada a traer sustento a casa. Es ella la que decide absolutamente todo lo que se hará en casa y fuera de ella. Estas madres son tremendamente reacias a confiar sus retoños, aunque sea parcialmente, al cuidado de otras mujeres, ya que en lugar de maestras, canguros, etc., ellas están viendo otras madres, y tienen un miedo inconfesable a ser «suplantadas». Por eso, mientras el niño viva bajo su cuidado, estará «exento de peligros»; pero cuando crezca puede abandonar el nido, lo que constituye una terrible amenaza, por lo que en su fuero interno no quieren que esta maduración se produzca. Desean que siempre sean sus dependientes bebés.

En conclusión, los hijos de CHI tienden a ser inmaduros, indecisos, infantiles, tímidos y con mucha propensión a sentirse culpables y moralmente sucios; inseguros y con baja autoestima. En lenguaje floral, todo esto significa *Larch*, *Centaury*, *Mimulus*, *Cerato*, *Clematis*, *Scleranthus*, *Pine* y *Crab Apple*.

Si son varones, pueden tener una falsa creencia de que las mujeres son peligrosas, interesadas y maliciosas, cosa que sus madres habrán inculcado implícita o explícitamente. Esto determina que muchos homosexuales masculinos tengan madres que parecen auténticos sargentos arquetípicos de caballería. Si, en cambio, se decantan por la heterosexualidad, es posible que busquen mujeres dominantes o, en caso de relacionarse con otras que no lo sean, terminen confiriéndoles la autoridad que antaño ostentaban sus madres. Los conflictos territoriales suegra-nuera están asegurados y cualquier lector podrá evocar un caso conocido, si no el suyo propio.

281 Ver Krämer en Bibliografía.

Las hijas de madres CHI suelen vivir más duramente todavía el conflicto territorial, ya que, en el fondo, a un hijo varón se le puede tolerar algo más de independencia. Por eso, estas mujeres sienten un plus de culpabilidad aún mayor que el de sus hermanos y pueden haber sido literalmente explotadas por sus madres en temas como tareas de casa impropias para su edad, compañía obligatoria, sumisión, castigos desproporcionados, prohibiciones arbitrarias, etc. Muchas han sido totalmente anuladas. Quizá *La casa de Bernarda Alba* sea un estereotipo de ello. La educación de las madres CHI es absolutamente sexista y cerrada.

Por supuesto, siempre existen otros agentes externos que ofrecen un contrapunto a la influencia materna de CHI, como un padre consciente y asertivo, la escolarización temprana, la influencia de los hermanos u otros familiares cercanos, amigos y toda una serie de variables. Incluso existen indómitos hijos constitucionalmente *Vervain* que oponen una tenaz resistencia al manto sobreprotector de CHI.

No sería justo caricaturizar ni satanizar a CHI, ya que ellos no son conscientes de sus mecanismos y creen siempre que están haciendo lo mejor por los demás, como se remarcará en el nivel espiritual.

En CHI existe predisposición a trastornos de ansiedad, ginecológicos, cardíacos, dermatológicos, diabetes, migraña y depresión, entre otros. Naturalmente, de todo ello obtiene unas ganancias secundarias percibidas en forma de atenciones especiales, al mismo tiempo que sirve para culpabilizar a su entorno.

En realidad, un gran número de conflictos cotidianos, posiblemente la mayoría, que suceden a nuestro alrededor tiene que ver con dinámicas CHI /*Holly* /*Willow*, en las cuales uno está resentido porque «otros reciben más que él»: trabajo, escuela, herencias, reconocimiento, etc.

En consulta, los CHI son pacientes difíciles, con un alto índice de abandono. De trato agradable y cálido, en un principio se muestran colaboradores; pero más adelante pueden sondear los límites del terapeuta, poniéndolo en general a prueba: continuos cambios de horario, intento de enfocar la terapia como un intercambio de servicios, preguntas indiscretas, etc. Cuando las flores empiezan a hacer su efecto es muy posible que generen resistencias, como síntomas diversos: «cuando tomo las esencias... siento este dolor aquí». En ocasiones incluso quieren controlar el tratamiento, negociando las flores que se les prescriben, aunque no las conozcan.



## CHICORY COMO ESTADO

Puede darse en cualquier edad, pero predomina de forma natural en niños, aunque también es visible en adultos en épocas de especial inseguridad y vulnerabilidad emocional. Suele servir como detonante la relación con parejas frías o reservadas que no son dadas a una expresión emocional demostrativa (por ejemplo, *Water Violet*). En cualquier caso, se puede sospechar un estado transitorio cuando uno siente que «da mucho más de lo que recibe», incluso cuando este hecho es objetivamente cierto. No olvidemos que la esencia trabaja el sentimiento de carencia afectiva.

Muchas personas manifiestan su CHI solo con determinadas parejas que parecen necesitar protección o cuando colaboran con colectivos desfavorecidos, donde se encuentran con seres singularmente desprotegidos. El formador Enric Homedes llama a esto *síndrome del salvador*.

La toma de CHY puede ser muy útil cuando uno se autocompadece excesivamente, al sentirse estafado en una relación de pareja que se ha roto, con la sensación de haberlo dado todo a cambio de nada. También cuando se cree que un compañero de trabajo recibe por parte de la jefatura reconocimientos excesivos para «lo poco que hace» y, en cambio, uno no es recompensado «como merece».

## NIVEL ESPIRITUAL

En CHI existe un bajo nivel de conciencia, la cual está distorsionada por sus miedos y secuestros emocionales frecuentes. Su capacidad de autorregulación está francamente comprometida. Todo esto hace que no tenga un mínimo acceso a conocer cómo es realmente y cómo funciona. Además, implica que la información que recibe del exterior se procesa inadecuadamente, distorsionándose enseguida, por lo que es mal interpretada; una omisión, un gesto, una risa, suelen ser entendidos como un ataque o un desaire (*Holly*). Las iniciativas que toma no tienen en cuenta los tiempos e intereses de los demás. Quiere asumir el liderazgo de las situaciones de forma precipitada o suplantando a los propios implicados.

Como vemos en este análisis desde la inteligencia emocional, puede afirmarse que CHI carece prácticamente de ella. Por ello, le resulta imposible situarse en el lugar de los demás y ser empático. De hecho, no puede entender que los otros tengan necesidades que no lo incluyan permanentemente.

Para Bach, CHI había venido a este mundo a aprender la lección de *El amor*. Seguramente, se trate de un amor interpersonal desapegado, en el que uno da desinteresadamente sin esperar retribución a cambio.

Sobre el desapego se ha teorizado tal vez demasiado, idealizándolo excesivamente. El amor desapegado fomentado por la toma de CHI parece referirse a determinados vínculos, como la maternidad o paternidad, la genuina amistad, un voluntariado... Bach llamaba a todo esto *servicio*. Sin embargo, en relaciones como la de pareja, es mucho más probable que se necesite una cierta paridad en el dar y recibir para construir una relación provechosa y equitativa. Para que el vínculo se mantenga es muy posible que la pareja necesite dosis de apego; una sensación de pertenencia equilibrada y sana. Como ya se vio, el amor libre de los años sesenta solo funcionaba cuando la relación era meramente sexual, hasta que surgía el apego afectivo, el vínculo. A partir de ahí, la cosa ya no era tan «libre» y se producían importantes trifulcas.

Para ilustrar lo dicho, tal vez sirvan unos ejemplos: si un hijo encuentra un buen trabajo al otro extremo del planeta y decide marcharse, los padres CHI positivo se alegran de todo corazón, aunque sepan que van a tardar en ver a su querido hijo. Si él es feliz con su decisión, ellos también lo serán. Una pareja, en una relación que funciona bien, no se alegra de que su compañero/a haya conocido al hombre/mujer de su vida y se vaya a vivir en breve con él/ella. Y para esto no hace falta ser CHI. Hay que reconocer que el amor de pareja no es tan desinteresado. Escribo este párrafo porque, a menudo, en mi curso de terapia floral, hay alumnas temerosas de ser CHI que exponen algunas situaciones personales con sus parejas. Estos ejemplos las suelen aliviar bastante. Si insisten en su supuesto «chicorismo», les comento que es mejor ser algo CHI que *Clematis* o *Water Violet*, personas que destacan por su incapacidad para establecer vínculos afectivos.

La literatura floral está plagada de retratos condenatorios y escarnecedores de CHI, pero se debe tener en cuenta que la suya es la lección a aprender más difícil del sistema floral; algo así como realizar tres cursos en uno. Como ya se explicó, tiene que ver con el amor interpersonal, entendido éste como algo generoso y exento de apegos y contraprestaciones. A estas condiciones anteriores se añade la percepción deformada de la realidad afectiva que tiene el CHI negativo. Generalmente, ellos se consideran personas que «dan todo a los demás», gente altruista que va por la vida «con el corazón en la mano». Desgraciadamente, la realidad es bien distinta y la personalidad se ve abocada, tarde o temprano, a una severa e inevitable confrontación consigo misma y con su percepción distorsionada de las cosas.

Si en verdad, como postula Bach, elegimos las circunstancias que nos van a permitir un mejor aprendizaje, la difícil elección de CHI sería digna de admiración, en lugar de objeto de burla y denigración. Al ser la lección más difícil, probablemente el premio también lo sea, ya que no podemos imaginar a nadie más evolucionado que un CHI positivado.

De manera que no solo necesitan ayuda y comprensión en este trance vital, sino una actitud pedagógica permanente por parte de su círculo afectivo: «No, mamá, el hecho de no poder ir a comer a tu casa este domingo no significa que no te quiera; significa que he formado una familia propia y tenemos algunas actividades que nos gusta realizar, además de comer contigo, cosa que adoramos. No, ese dolor que te acaba de coger cuando te he comunicado que no podíamos ir, no es otra cosa que una somatización que tienes cuando te sube la ansiedad. Mira, además de quererte mucho, te puedo preparar unas flores que te ayudarán a sentirte mejor. Mamá, confía en mí, ya verás como todo mejora». El acceder a los caprichos de CHI para evitar el conflicto, es una manera de no respetarlos como adultos y perpetuar sus patrones negativos.

Para Katz y Kaminski: «Aquellos que necesitan esta esencia tienen que aprender a distinguir entre las emociones y los deseos personales, y el cuidado y el amor interpersonales y genuinos, por el otro».<sup>282</sup>

«El propio Bach comparó el estado CHI positivo con el arquetipo de «la madre universal», el potencial maternal del alma que está latente en todo ser humano, ya sea hombre o mujer (...) En el estado CHI positivo, la gran energía maternal puede ser desembolsada positivamente; sacando de lo que está lleno, podemos dar desinteresadamente, sin esperar una retribución o exigirla interiormente».<sup>283</sup>

## NIVEL TRANSPERSONAL<sup>284</sup>

### **Congestión. Retención. Adherencia**

Aunque los términos *congestión* y *retención* no sean sinónimos, suelen coincidir en diversas manifestaciones clínicas: problemas de retorno venoso en las piernas (varices, «piernas cansadas», etc.), sinusitis, resfriados, etc. Aconsejable en todo cuadro de retención: líquido, celulitis, estreñimiento, mucosidades, etc. Algunos de los usos reseñados son recomendables en aplicación local. CHI es una flor que ayuda a soltar, de ahí su utilidad en los casos mencionados.

Dada la energía que maneja CHI, resulta muy activa en todo trastorno ginecológico, campo en el que está muy experimentada.

<sup>282</sup> Ver Bibliografía.

<sup>283</sup> Scheffer. Ver Bibliografía.

<sup>284</sup> Para entender este apartado es absolutamente necesario leer la *Introducción al patrón transpersonal* que figura en el apéndice del libro.

También debe ser tenida en cuenta como la esencia más importante de desapego afectivo, cuando es necesario soltar a otras personas, como en el caso de rupturas afectivas, muerte de seres queridos y otros supuestos, aunque el receptor no tenga un temperamento CHI.

## NOTAS

### **Mi mamá la terapeuta me ama, me cuida, me protege... y sabe lo que necesito en cada momento**

Como se ha comentado, CHI «necesita ser necesario». Esto determina que muchos de ellos elijan las terapias como medio para conjugar carencias afectivas personales con una profesión. De entre ellas, terapias de proximidad como la floral resultan especialmente atractivas, ya que las emociones juegan un papel importante.

Las CHI maternalizan la relación terapéutica en su deseo de «ayudar» y dar amor a los demás. Tienden a generar una gran dependencia en sus pacientes más necesitados, que pronto empiezan a proyectar una figura maternal en ellas (transferencia). Por otra parte, CHI se siente especialmente llamada a proteger, cuidar y reeducar a su desvalido niño-paciente (contratransferencia). Desde este lugar, enjuician a sus clientes, «resuelven», aleccionan, ponen deberes y otras intervenciones aún más desajustadas.

Los terapeutas CHI, en su ansiedad, mezclan la relación terapéutica con la personal. Se hacen amigos de sus clientes, en un afán de controlar sus vidas y saciar su enorme vacío interior, convirtiéndose en personas significativas para ellos. En realidad, confunden sus necesidades personales con las del otro. Si el terapeuta «amadrina» al paciente no es porque éste lo necesite, sino porque él lo necesita.

Normalmente, los terapeutas CHI son demasiado invasivos, indiscretos y hablan mucho más que sus consultantes, revelando excesivas circunstancias de su vida personal.<sup>285</sup> Por otra parte, siempre demuestran demasiado *Red Chestnut* por sus clientes, obligándoles a llamar continuamente por teléfono o incluso haciéndolo ellos.

Asimismo, muchos se adjudican supuestas dotes sanatorias, mediúnicas, etc., recurriendo a menudo a sistemas diagnósticos especiales, como supuestas canalizaciones, cartomancia, radiestesia, etc. Todo esto, según ellos, les exige de un riguroso conocimiento técnico de la terapia

<sup>285</sup> La *autorrevelación* es una destreza terapéutica que favorece la sintonía en la entrevista, ya que reduce la distancia terapeuta-paciente. Consiste en datos que el terapeuta cuenta de sí mismo. Así el paciente puede percibir al terapeuta como alguien más humano y espontáneo y, por tanto, con más posibilidades de entenderlo y ponerse en su lugar. Pero la autorrevelación implica también tacto, ya que en exceso, como en el caso de CHI, puede delatar al terapeuta como alguien indiscreto y poco fiable, o incluso con más problemas que el propio cliente. Para más datos se puede consultar *Estrategias de entrevista para terapeutas*. Cormier y Cormier. Desclée de Brouwer. Bilbao, 1994.

al actuar «intuitivamente». Sin embargo, alguien tan emocional parece forzosamente desconectado del aspecto intuitivo, del mismo modo que lo estaría alguien exageradamente mental. Más allá de lo que ellos crean, los patrones de mayor autocentramiento son los menos predispuestos a dejar que la información intuitiva fluya de forma libre, ya que toda percepción resulta demasiado deformada por la tendenciosa lente del ego.

En estos casos, si bien en un principio el paciente puede sentirse reconfortado y acogido, sobre todo cuando presenta graves carencias afectivas y autoestima baja, más adelante, si no tiene la precaución de abandonar la terapia, puede vivir una relación de dependencia patológica donde «deba hacer todo lo que el terapeuta le diga». Por otra parte, la interrupción del tratamiento a menudo se convierte en una transgresión enormemente culpabilizadora para el pobre cliente: llamadas continuas, amonestaciones e incluso amenazas. Para CHI esto es exactamente lo mismo que si un hijo, por el que tanto ha hecho, decidiera traicionarlo y despreciar «todo lo que ha hecho por él». Y lo que más teme CHI es el abandono.

Obviamente, los terapeutas con estas características de personalidad violan todas las normas éticas y deontológicas que deben prevalecer en cualquier profesión, perjudicando desde todo punto de vista a sus clientes.

Sin duda, la terapia floral requiere un marco terapéutico profesional y ético donde, mediante la toma de las esencias, en un ambiente de escucha activa respetuosa y empática, el paciente pueda encontrar sus propios recursos para desenvolverse en su entorno de forma adulta y emocionalmente ecológica. Para ello es necesaria la presencia de un terapeuta cálido e implicado, pero dentro de unos límites éticos y respetuosos entre dos personas adultas. CHI debería comprender que el terapeuta floral no es un sanador, sino un acompañante en un determinado trayecto de la vida escogido por el cliente.

Los CHI en vías de positivización son excelentes terapeutas, ya que saben utilizar su calidez humana en beneficio de un buen desempeño terapéutico. Los positivados son, además, seres altamente espiritualizados.

### **Pero, ¿quién manda más, *Chicory* o *Vine*? El caso de la Sra. Petra**

No se trata aquí de quién lo tiene más largo... Obviamente, me estoy refiriendo al látigo. Y aunque el instrumento sea el mismo, el tema de fondo es quién lo utiliza y desde qué lugar lo hace.

Es interesante matizar esta diferencia, pues de lo contrario nos encontramos con que cualquier persona CHI que de pronto empieza a impartir órdenes es etiquetada inmediatamente de *Vine*. A mi modo de

ver, esto no es siempre así, ya que ambos tienen la dominación como tema central en su vida.

Recuerdo muy nítidamente una experiencia vivida hace ya unos quince años. La Sra. Petra (nombre ficticio) respondía a un perfil claramente CHI. Conocía a Petra no como paciente, sino como compañera en unas actividades asociativas. Un día recibo la llamada de su marido, diciéndome que su esposa había sufrido un episodio de angina de pecho, dolencia que se sumaba a otras como la diabetes. Ya estaba bien, pero quedaba ingresada en una clínica privada en observación.

En la mayoría de casos hubiera bastado con una llamada telefónica donde uno se interesa por la salud de la persona en cuestión, le infunde ánimos y se ofrece para lo que pueda necesitar. Naturalmente, estoy hablando de esos casos en los que no nos une un vínculo estrecho de parentesco o amistad. Pero todos sabemos que estas muestras de «desatención y egoísmo» son, para un auténtico CHI, imperdonables. De manera que me armé de valor, aunque tal vez no tanto, ya que solicité la asistencia de una amiga que estaba en el mismo rango de relación con Petra.

Nos recibió su marido muy cortésmente en la salita de la habitación y acto seguido se replegó a una pequeña butaca para leer la prensa. Tal vez el pobre hombre pensó: «¿Qué bien, ahora que está atendida podré relajarme un poco y tener algo de tiempo para mí?».

Petra estaba exultante con nuestra presencia. Nos habló con detalle de su dolencia..., sus padecimientos..., su necesidad de descanso..., que la llevaba un gran cardiólogo..., que era una eminencia aunque tenía su genio..., que estaba tan, pero tan contenta de que hubiésemos tenido el detalle de visitarla..., que muchas gracias por las flores..., que no nos hubiéramos molestado... En realidad, más parecía que estaba disfrutando de unas magníficas vacaciones hospitalarias.

Pero entonces ocurrió una escena que nos dejó helados del susto: En una fracción de segundo la risa de Petra se convirtió en una mueca diabólica y girando la cabeza como la niña de *El exorcista*, la enfocó hacia su marido y le espetó a bocajarro la siguiente frase: «¡Para estar leyendo el diario como un imbécil, márchate!». El tono de voz fue atronador, pero seco y metálico, gélido como el chasquido de un látigo. El marido, avergonzado y cabizbajo, se levantó lentamente y salió con su periódico fuera de la sala. Como si nada hubiera pasado, Petra giró su cabeza, volvió a conectar su sonrisa y siguió su conversación como si tal cosa. Nosotros estábamos lívidos del espanto, pero eso no fue suficiente para que la hasta entonces amable señora sintiese la necesidad de justificar su actitud.

Siempre que explico esta anécdota, en clase estallan las carcajadas. En realidad, se trata de un episodio tragicómico. Trágico en lo que se refiere a la poca consideración que muestra Petra con su marido, un evidente *Centaury*, no por el episodio en sí, sino porque ya lo conocíamos de antes.

Pero conviene analizar la situación: Petra se siente feliz de ser el centro de atención en ese momento. Está representando su papel y recibiendo el refuerzo y la solidaridad de su público (nosotros dos). Por otra parte, está hablando de lo que más le gusta: sus achaques. Pero hay un problema: siente la «indiferencia» de su marido como una forma de agresividad pasiva, como un boicot. Es entonces cuando, automáticamente, se activa su látigo y lo utiliza como una auténtica domadora de circo.

Seguramente es la forma que tiene de castigar a su marido, de recordarle cuáles son sus obligaciones, y probablemente actúe así con su entorno afectivo más próximo. Esto no quita que sea una persona emocional y que los quiera. También puede que luego los reconforte y los cuide: «una de cal y otra de arena». Pero no se plantea que su actitud pueda haber representado una humillación para su esposo y una incomodidad para sus visitantes. Ella, seguramente, diferencia entre el trato que dispensa a «sus propiedades» y a otros que no lo son.

En resumen, CHI y *Vine* mandan desde dos lugares diferentes. El primero, desde la emocionalidad y desde lo que cree que es el amor. El segundo, desde la frialdad. Da lo mismo que ambos sean dominantes. La actuación de la Sra. Petra es una reacción *Vine* dentro de una personalidad CHI.